



J. M. SANTIAGO CASTELO, *La huella del aire (Poesía 1976-2001)*. Mérida, ERE, 2004.

La huella del aire es una amplia antología de versos, que recoge los más significativos publicados por el autor durante un cuarto de siglo, desde los juveniles de 1976 a la madurez de 2001. Se reeditan en este hermoso volumen con casi cuatrocientas páginas, las cien primeras correspondientes al estudio preliminar que suscribe Manuel Simón Viola, responsable de la edición. Estamos ante uno de los escritores extremeños más conocidos, con amplio reconocimiento en el panorama peninsular e incluso hispanoamericano. Los lectores podrán seguir ahora la carrera lírica de un hombre con voz propia, extraordinariamente dotada para la creación y fiel a sus propios impulsos.

En Castelo (Granja de Torrehermosa, 1948) es fácil percibir el entusiasmo, el amor existencial y lírico por Extremadura, que él siente como *Tierra en la carne*, según el título de su primer libro. Es una constante indefectible allí donde anda la mano de este hombre. La atracción de las raíces, dígame su infancia en un pueblecito surextremeño; el interés hacia la historia de la región, los paisajes, la etnografía y las personas que lo habitan, nutren muchos poemas. Castelo los escribe demostrando un excelente domi-

nio de las formas clásicas o aproximándose a fórmulas neopopulares de expresión, demostrando siempre una extraordinaria facilidad para la rima o los versos blancos.

No obstante, hay también otros asuntos en esta poética. Ante todo, el amor, el entusiasmo y disfrute de los cuerpos queridos, la nostalgia de las pérdidas, la gozosa evocación de las experiencias eróticas. *Cuaderno del verano*, aquí ampliamente reproducido, constituye un hermoso testimonio. Añádase la constante atención que el de Granja dirige al mundo americano, donde él escucha a menudo las voces llevadas desde la tierra natal. Sus *Habaneras y Hojas cubanas* bien lo testimonian. Y está también el escritor que se conmueve ante el encanto de otros terruños, digamos en Mallorca, como muestra *Siurell*; o el hombre que, pese al evidente paganismo de algunas composiciones, se deja arrebatar por llamadas místicas, según dicen los hermosos sonetos de *Al aire de su vuelo*, inspirado en San Juan de la Cruz.

Estas pluralidades de la obra casteliana son advertidas por quienes lo estudian, como el inolvidable Juan Manuel Rozas, Miguel Ángel Lama, Juan Manuel de Prada y, sin duda, Simón Viola, que ha sabido recoger las más lúcidas reflexiones sobre el poeta, completándolas con sagaces y muy bien documentados apuntes. Si, según cabe esperar, la pluma de Castelo ha de alegrarnos con muchas más entregas, constituye una alegría degustar en cuanto publicó durante el periodo acotado, así como disponer de la bibliografía selecta sobre sus obras, también aquí adjunta. Cierra el volumen un índice de primeros versos, herramienta siempre útil.

No cabe sino felicitarse de que continúen haciéndose ediciones con las “Obras Completas” de nuestros poetas más relevantes. Por fortuna, esto no sólo ocurre así en el caso de algunos ya arrebatados por la muerte. Son cada vez los que, aún vivos e incluso en plena producción, ven reeditados sus versos todos. En tal sentido, a los nombres de José Antonio Zambrano, Jaime Álvarez Buiza, Rufino Félix Morillón o Juan Carlos Rodríguez Búrdalo, se suma ahora el de Santiago Castelo. Manuel Simón Viola es el responsable de esta edición, a la que ha puesto un extenso y bien documentado estudio introductorio, aunque no juzgó preciso añadir notas explicativas a los poemas.

Sobre este volumen ha escrito A.L. P. de P. la siguiente reseña (*Babelia*, 11-IX-2004): “La poesía de Santiago Castelo (Granja de Torrehermosa, Badajoz, 1948) está lejos de los temas y rasgos de estilo más reconocibles de sus coetáneos en el momento de su aparición. En *La huella del aire*, donde se recogen poemas de una docena de libros, su culturalismo es ocasional y tamizado, el sujeto poético es el propio autor o remite inmediatamente a él, los modelos literarios son ibéricos, y los versos se dirigen a un lector del que se requiere adhesión sentimental. Añádase el que su primer libro, *Tierra en la carne*

(1976), es bastante tardío respecto a los títulos fundacionales del sesentayochismo. Pero tampoco puede asimilarse a los autores del segundo tramo generacional, pues, por poner un ejemplo, el Manuel Machado que hay en él es el popularista y luminoso, no el acanallado y descreído que escogió, digamos, Javier Salvago. Su obra sigue pautas de una poesía arraigada, ocupada por asuntos intrahistóricos: sentimientos privados, territorio natal, invocación trascendente.- En la introducción, Manuel Simón Viola pone buenas dosis de voluntarismo para conectarlo al mundo literario extremeño. Inicialmente vinculado al telurismo del 98 (en el poema de apertura se entrevén los cuajarones expresionistas del que Unamuno dedicó al Cristo de las Claras valentino), y también al existencialismo con gotas sociales del medio siglo, pronto brilla como recreador del estrofismo clásico y popular. En *Cuaderno del verano* (1985) hay romances, sonetos y sonetillos, seguidillas y soleares, redondillas, décimas e incluso estrofas consonánticas de dodecasílabos. Esta actitud en cierto modo subalterna se traslada también a los motivos, pues abundan los poemas de ocasión, como los de *Cruz de guía* (1984) - aquí apenas representado - o los sonetos de *Al aire de su vuelo* (1993), donde la penetración en el aura sanjuanista impide que la poesía termine asfixiada por la circunstancialidad (celebración en Fontiveros del IV centenario de san Juan de la Cruz): el poeta va “al aire de su vuelo”, sin tener, para ello, que cortarse las alas.- Los modelos casi siempre se transparentan en la superficie de la escritura, como en el anapesto inicial de Vyborni (“Era hermoso, era rubio, era joven”), tan próximo a los del manuelmachadiano Oliveretto de Fermo. La pluralidad de los mismos dificulta la existencia de un timbre dominante, pues la rotundidad posromántica coexiste con las vaguedades simbolistas, y la gracilidad popularista con la verbosidad confesional de las series alejandrinas. Y es que a veces la poesía respira con dificultad, sofocada por la abundancia de las tradiciones - nobles y bien asimiladas - en las que viene envuelta”.

M.P.L.

FELICIANO CORREA, *Dos décadas prodigiosas (1979-1002)*. 7 vols. Badajoz, Tecnigrag, 2003.

Refiriéndose al I Marqués de Jerez de los Caballeros, eximio y a la postre desgraciado bibliófilo, en los preliminares de una obra recién aparecida (Rafael Rodríguez-Moñino, *Viejas estampas históricas de Extremadura*, Madrid, Ediciones Beturia, 2003),

Alfonso Bullón de Mendoza se conduce de que aún no se conoce bien la historia de aquel pueblo. Jerezano también y catedrático de historia, el antiguo director del IES “Bárbara de Braganza” se reconfortará, al menos para las décadas últimas, con la obra que se presenta. Son siete los volúmenes que su autor, cronista de Jerez, ha escrito sobre los acontecimientos allí pasados (extendiéndose a veces a toda la comarca), en no pocos de los cuales tuvo notable protagonismo. Son 3.000 páginas repletas de noticias, análisis, consideraciones plurales, datos socioeconómicos y demográficos, artículos antes editados, reseñas bibliográficas, entrevistas, biografías y obituarios, gráficos diversos, poesías y letras de carnaval, apuntes antropológicos (Semana Santa), portadas de libros, carteles, fotografías y cuanto material diga relación con Jerez. Inquieto ante la posibilidad de que pueda perderse “culquier reflejo de vida que guardan dentro las cosas materiales”, Feliciano dice haber sido siempre un tozudo coleccionista, virtud que le ha servido para allegar los preciosos documentos aquí recogidos. Desde luego, ha contado también con la ayuda de personas mordidas por idéntica inquietud.

En los casi 25 años del periodo que el título enmarca, Jerez de los Caballeros ha experimentado profundísima metamorfosis, la de una sociedad rural, arcaica y sin futuro, a otra fuertemente industrializada, de espléndido porvenir, juzga y documenta con gozo el historiador. Alfonso Gallardo (Siderúrgica Balboa, Cementera Alconera) y Ricardo Leal (Cristian Lay), empresarios a los que presenta admirativamente, serían los máximos símbolos de aquella transformación. Por lo demás, el espléndido patrimonio artístico (no sin problemas e incluso con desafortunadas actuaciones, denuncia el cronista) y la bien impresionante dehesa enriquecen las posibilidades de desarrollo. Jerez es “un ejemplo paradigmático de la transformación de un enclave agrario, ruralizado, marginado de los caminos principales, esquinado y sufriendo por el modelo rentista y clasista del Antiguo Régimen, para orientarse en nuestros días hacia una población abierta, comunicada, dinámica, emprendedora, con expectativas de desarrollo y capaz de superar a pueblos vecinos de parecido empaque en otro tiempo” (T. I, pág. 108).

Escrita con bien perceptible voluntad de estilo, en prosa muy cuidada, a menudo brillante, esta obra enorme no deja de producir vértigo, a pesar de los múltiples índices que contiene, a la hora de introducirse por sus apartados. No es, desde luego, un estudio metodológicamente impecable, pero lleva el sello de su autor y resulta de mucho interés, que sin duda será mucho más sentido para la gente jerezana. Se presenta en un estuche de cartón, diseñado al efecto.

SALVADOR ANDRÉS ORDAX, *El Convento de San Benito de Alcántara*. Alcántara, Fundación San Benito de Alcántara 2004.

*El Sacro Convento de San Benito de Alcántara de la Orden de Alcántara* es una hermosa publicación, con 336 págs. y 196 ilustraciones. Migue Cortés Arrese, lo reseñó así:

“Llamaba la atención D. José María de Azcárate en 1985, sobre el hecho de que la creación de las Órdenes Militares en el alborar de la Edad Media era un aspecto de suma importancia desde el punto de vista histórico-artístico, aparte de las connotaciones sociológicas, políticas y económicas, como cabe suponer. Añadía que las noticias literarias contenidas en crónicas, relatos, legados, y fuentes de todo tipo, además de los edificios, sepulcros, pinturas y escudos conservados, testimoniaban, incluso en nuestros días, la relevancia que adquirieron en los siglos pasados; precisaba, por último, que la moderna organización de los archivos y su acceso más sencillo eran una invitación elocuente para su estudio. Distintos investigadores no tardaron en atender la llamada de atención formulada en aquel Simposio y que veinte años después ha dado frutos relevantes.

Ejemplo magnífico es la investigación llevada a cabo por el profesor Andrés Ordax sobre el Sacro Convento de San Benito, analizado como el resultado de un proceso histórico, como el testimonio elocuente de la comunidad de freires de la Orden de Alcántara que, desde este emplazamiento, su sede principal, fue capaz de jugar un papel trascendental en el pasado de las tierras extremeñas. Un proceso histórico que tiene origen en el célebre puente romano, levantado sobre un estrechamiento del Tajo, y en la condición fronteriza del territorio: ambos justificarían la presencia del alcázar musulmán primero y la fortaleza cristiana más tarde en la meseta que domina la depresión del río y protegía a la población.

El nombre musulmán asignado al puente había de ser también el de la Orden, que varió su emplazamiento hasta alojarse para siempre en el interior de la villa, en el lugar conocido como “la Cañada”. Fue en 1505 cuando se empezó a construir el convento nuevo aunque hubiera que esperar al segundo tercio del siglo para ver el alcance de la gran iglesia y su famosa hospedería, bajo el impulso de Pedro de Larrea y Pedro de Ibarra como maestros principales.

El autor hace gala en su estudio de un admirable rigor científico sin abusar de las precisiones eruditas de fechas y nombres. Se ocupa con detalle y excelente prosa, de manera segura y atenta a los matices, de la personalidad histórico-artística de la

iglesia conventual, de su arquitectura y decoración, de sus capillas, de sus bienes y usuarios, de sus preparativos para el “más allá”: de su afán por dejar un recuerdo permanente al amparo de la protección espiritual de sus hermanos vivos. También de las otras dependencias conventuales: claustro, refectorio, celdas, librería..., del camino que siguieron algunas de sus obras de arte, hasta ofrecer una adecuada caracterización de este gran conjunto monumental. A ello contribuyen la oportuna inclusión en su análisis de las vicisitudes de la vida cotidiana de los freires y, al tiempo, de la actividad cultural que promovió aquella sede. En un principio, bajo los auspicios humanistas del maestro Juan de Zúñiga: todavía quedan testimonios de su mecenazgo. También a propósito de la vinculación del Sacro Convento con la Universidad de Salamanca por medio del “Imperial Colegio”, centro de formación de religiosos y con brillante trayectoria en los siglos XVI y XVII.

El Profesor Andrés Ordax no olvida las alteraciones y destrucciones producidas por el paso del tiempo, las guerras o el terremoto de Lisboa de 1755; tampoco las consecuencias de la Desamortización y su desamparo posterior. Algunas de las ilustraciones escogidas lo reflejan muy bien. Cumple, por todo ello, sobradamente su objetivo de ofrecer “un planteamiento general del monumento... una presentación panorámica” —p. 13—. De hecho, su trabajo puede ser considerado un estudio de referencia.

El libro, con buen criterio, se ocupa de la restauración modélica que, en la segunda mitad del siglo pasado, salvó al conjunto monumental de un prolongado y grave deterioro. Ahora acoge a la Fundación San Benito de Alcántara justamente célebre por sus benéficas actividades. Entre ellas incluye la promoción de la cuidada edición de este libro, edición realzada por una minuciosa y abundante selección gráfica. El encargo que hizo al Profesor Andrés Ordax no pudo ser más acertado; es un gran conocedor de nuestro patrimonio y ya advirtió en 1985 de la importancia del monumento. Fue entonces cuando, al frente del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Extremadura, organizó el Simposio sobre “Arte y Órdenes Militares” en Cáceres”.

Miguel Cortés Arrese

HERNÁN CORTÉS, *Cartas y memoriales*. León. Universidad, 2003.

Dirimido positivamente el interesado debate (hijo al fin de la “leyenda negra”) sobre si se produjo o no el fenómeno del Renacimiento en la España del XVI, cosa que resulta ya inútil discutir (aunque, según es lógico, se le atribuyan caracteres propios de los reinos peninsulares, por primera vez reunidos bajo una única corona), también parece imposible negar cómo fueron los grandes humanistas españoles el florón más valioso en aquel movimiento cultural, inicio de la Época Moderna. Ahora bien, entre los máximos cultivadores hispanos del Humanismo figuran por su enorme valía un formidable conjunto de extremeños. Arias Montano, Francisco Sánchez “El Brocense”, Ruy López de Segura, Pedro Cieza de León, Juan Maldonado, Alonso de Acevedo, Diego López o los dos grandes epígonos, Pedro de Valencia y Gonzalo Correas, constituyen una impresionante nómina. Bien estudiados quedan en los cuatro volúmenes sobre *El humanismo extremeño*, que en el periodo 1997-2000 vieran la luz a cargo de la R. Academia de Extremadura.

Añadir a dicha relación el nombre de Hernán Cortés, el más relevante de los conquistadores, podría decirse atrevimiento exagerado. No obstante, es lo que acaba de realizar el prestigioso equipo de la Universidad de León, incluyendo al de Medellín en la colección “Humanistas Españoles”, formidable empresa editorial con una larga veintena de títulos publicados.

Según se sabe, Hernán Cortés estudió varios cursos (dos, tres quizá) en la Universidad de Salamanca y seguramente otro en Valladolid, donde aprendiera las artes de la escribanía, que en verdad dominaba. Así lo demuestran los cuatro volúmenes de los *Documentos cortesianos* (México, Fondo de Cultura Económica, 1990-1992), editados por J.L. Martínez. Señala éste que el conquistador de México “escribió, dictó o promovió instrucciones, ordenanzas, memoriales, demandas, defensas, acusaciones, probanzas, interrogatorios, recibos, contratos, documentos sucesorios, cartas personales y testamento”, dando pruebas de sus habilidades lingüísticas. Las famosas *Cartas de relación* se distinguen sobre todos los demás textos cortesianos y fue la causa por la que yo mismo dediqué a su autor un capítulo de mi *Literatura en Extremadura*.

La investigadora María del Carmen Martínez, buceando en los inagotables fondos de los archivos de la Real Chancillería de Valladolid y el General de Simancas, ha conseguido engrosar el corpus literario del extremeño con las composiciones que conforman el presente volumen. La importancia de estos hallazgos es su pertenencia al ámbito de la privacidad, hasta ahora la esfera menos conocida de aquel gran hombre. Según resalta en los preliminares del volumen Jesús Paniagua Pérez, director del proyecto “La Tradición

clásica y humanística en España e Hispanoamérica”, Cortés escribe aquí sin los formalismos de los documentos oficiales, recurriendo muchas veces al habla coloquial y al humor irónico que lo distinguía. Son 68 las cartas ahora editas, algunas de notable amplitud, dirigidas a familiares, letrados o altos miembros de la administración, la iglesia o la nobleza. Se adjuntan también un buen puñado de “memoriales”, trabajos expositivos para sostener demandas o justificar denuncias contra agravios. Por último, aparecen también otros documentos a los que Cortés se refiere en sus escritos, para cuya comprensión resultan útiles. La editora pone numerosísimas y muy documentadas notas a pie de página (casi setecientas), con las que la lectura logra superar los escollos de tantas alusiones, citas o guiños del original. Finalmente, el apéndice cronológico, los índices onomástico y toponímico, así como la reproducción facsimilar de algunas piezas manuscritas enriquecen más aún esta valiosa publicación.

M.P.L.

GASPAR MOROCHO GAYO, *Estudios de crítica textual*. Murcia, Universidad, 2004.

El 2 de abril de 2000 fallecía Gaspar Morocho (n. Pascualcobo, Ávila, 1941), catedrático de la Universidad de León, un sabio auténtico, persona bondadosísima y hombre profundamente ligado a Extremadura. Lo estuvo por motivos varios, que él se enorgullecía en recordar, partiendo de los juveniles viajes a nuestras dehesas con el ganado trashumante. Merced a sus desvelos, contamos ya con gran parte de la obra de Pedro de Valencia, magníficamente introducida y editada, e impagables estudios sobre Arias Montano que figuran en los tomos (4) EL HUMANISMO EXTREMEÑO (Trujillo, R. Academia de Extremadura, 1996-2000).

La Universidad de Murcia acaba de recoger en un volumen seis artículos que hace veinte años Gaspar Morocho había ido publicando en los *Anales* de dicho ente. Acertada medida, por el valor intrínseco de tales estudios, pioneros entonces entre los investigadores españoles, y porque se hace así justicia a quien allí enseñase durante los años 1979-1982. “En este Centro el profesor Morocho dejó un recuerdo e impronta imborrable, y su concurso moral e intelectual fue decisivo para la implantación de los estudios de Filología Clásica. En aquellos difíciles momentos el profesor Morocho fue un ejemplo de tenacidad, de buen criterio y, por encima de todo,



de hombría de bien”, se dice en las palabras preliminares. Apreciaciones homólogas han suscrito sus compañeros de la Universidad leonesa.

La crítica textual, según la define el autor, es la disciplina, filológica por excelencia, que, basada en sus propios métodos y recogiendo la experiencia de varios siglos, pretende fijar un texto tal y como saliera de la pluma de su autor. Para ello, hay que depurarlo de las imperfecciones, errores e incluso aciertos que allí han podido acumular la intervención de los hombres. Morochó registra los avances de este saber, a partir de su génesis en las Escuelas Helenísticas anteriores a Cristo, deteniéndose en las épocas claves: el primer humanismo Bizantino (siglos IX-X), la filología renacentista protestante y, sobre todo, el magisterio de Lachman (1793-1851) y Wilamowitz (primer tercio del XX) cuyos principios metodológicos vuelven a estar hoy en auge.

Para bien orientarse en esta difícil asignatura, reconoce Morochó, es preciso haber faenado en la preparación de ediciones críticas, a la búsqueda de establecer el texto genuino. Lo hizo él cuando preparó su tesis doctoral, dedicada a un problemático texto de Esquilo, *Los siete contra Tebas* (Salamanca, 1975). Los estudios ahora reeditados demuestran que conocía perfectamente las claves de la cuestión.

M.P.L.

ÁNGEL CAMPOS PÁMPANO (dir.) *Espacio/Espaço Escrito*, nn. 23- 24. Badajoz, Diputación y otros, 2004.

Este número doble, 23/24, de *Espacio/Espaço Escrito*, la Revista de literatura en dos lenguas según se proclama y cumple, es un hermoso regalo navideño. La presente, voluminosa entrega está nucleada en torno a dos extraordinarias personalidades: Antonio Gamoneda y António Ramos Rosa. Si el primero volvió a ponerse de actualidad con ocasión del Cervantes, finalmente concedido a Sánchez Ferlosio, el segundo estaba considerado casi por unanimidad como el mejor poeta portugués vivo. La elección, pues, parece llena de fortuna.

Coordinado por Migue Casado, abre el dossier de Gamoneda un texto suyo en prosa diáfana donde, entre apuntes biográficos, expone las claves poéticas a las que ha sido más fiel, las mismas que se perciben en los versos posteriores, con versión portuguesa de Jorge Melicias o en la entrevista otorgada a E. Otero y Víctor M. Díez. Se recoge un notable conjunto de ensayos, entre los que me gustaría destacar, sin desmer-

cer otros ahora silenciados, los de Ildefonso Rodríguez, “Las músicas de Gamoneda”; Jean-Yves Bériou, “El vértigo de las imágenes, las imágenes del vértigo” M. Casado, “La condición obrera de Antonio Gamoneda” y A. Luis Prieto de Paula, “Antonio Gamoneda y la construcción de un poeta”. Sobresalen también en esta parte los versos de escritores tan conocidos como Juan Carlos Mestre y César Antonio Molina.

Las páginas de y sobre António Ramos fueron coordinadas por Ángel Campos, a cuya admirable labor se debe que siga apareciendo *Espacio/Espaço Escrito*, nacida el 1987 en el Servicio de Publicaciones de la Diputación badajocena y publicada hoy con otros apoyos institucionales. Las inician “Treze poemas inéditos” del portugués (de uno se añade transcripción ológrafa), seguidos de un texto suyo y de la entrevista que le hace Paula C. Costa. Reconoce allí la influencia de algunos grandes de la Generación del 27, aunque declara su poco interés hacia Alberti. También le gusta, pese a no conocerla bien, la obra de José Ángel Valente. Es asunto que la entrevistadora desarrollará en el artículo “A influência de alguns poetas em língua espanhola na poesia de António Ramos Rosa”. La “poesía arborescente” del mismo, según ella la denomina, es analizada por Ana Paula Coutinho. Siguen otras muchas e importantes colaboraciones, tales como las de Pedro Serra, Clara Janés, Ruy Ventura o Casimiro de Brito.

Se incluye como separata una plaquette con la edición facsímil del primer libro de Ramos Rosa, *O grito claro*, autoeditado en 1958. Se reproduce un ejemplar que lleva su firma y dedicatoria a João Rui de Sousa.

Concluye la entrega con algunos apuntes misceláneos, de los que destacaré el de Luis Sáez, una visita al Museo Provincial de Marvão, y el apunte ensayístico de Hidalgo Bayal, “Euquenor y el jardinero persa”, inspirado en el infeliz que halla la muerte al pretender eludirla.

No terminaré sin resaltar las calidades de los talleres de Indugrafic, donde se imprime la revista, cuyo diseño corre a cargo de Luis Costillo.

M.P.L.

AA. VV., *Cuadernos de Çafra*, II. Zafra, Centro de Estudios del Estado de Fera, 2004.

Si ya nos atrajo el interés la entrega inicial de los *Cuadernos de Çafra*, que edita el Centro de Estudios del Estado de Fera dirigido por José María Moreno González, puede decirse que esta segunda nos produce admiración, por la cuantía y calidad de

los artículos aquí publicados. Tres de los mismos son las ponencias ofrecidas en las IV Jornadas de Historia de Zafra y del Estado de Feria, que tuvieron por tema monotemático el del Humanismo zafrense, como homenaje a Gaspar Morocho, el sabio catedrático de la Universidad leonesa, prematuramente fallecido. Pero a dichos trabajos se unen un buen conjunto de investigaciones, algunas de extraordinaria extensión y minuciosidad. No faltan en los Cuadernos un apéndice documental y la sección de crítica bibliográfica. Voy a referirme, aunque sea de manera lacónica, a las tres ponencias y a dos de los estudios.

Abre el número Jesús Paniagua Pérez con "Las visiones de las Indias de los humanistas zafrenses". Continuador hoy de los proyectos de Morocho en la Universidad leonesa, el estudioso comienza homenajeando a su maestro, de quien escribe: "Aunque nacido en la provincia de Ávila por cuestiones de la trashumancia, a quienes convivimos con él muy de cerca y durante mucho tiempo, no nos cabe duda de considerarlo como extremeño, ya que él mismo así lo hacía. No creo que pasara un solo día de su vida sin que por su boca salieran varias veces los nombres de Coria, Plasencia, Zafra, Fregenal. Y esos lugares no solo eran para él los del intelecto y aquellos que hicieron grandes contribuciones al humanismo español, sino también los del hombre de a pie, que amaba a su tierra y la tenía siempre presente". Tras tan paladina declaración, Paniagua estudia las contribuciones al conocimiento del Nuevo Mundo realizadas por los Ramírez de Prado, ricos y bibliófilos; Pedro de Valencia, Consejero de Indias desde 1607 y Hernando Machado, que fue relator de la Audiencia de Quito y oidor de la de Chile.

Sergio Fernández fiel igualmente a Gaspar Morocho, "al que debo sin duda todo lo bueno que me ha ocurrido en los últimos años", analiza el epistolario de Pedro de Valencia, ardua pero no inútil tarea, pues las cartas del mejor discípulo de Montano "no sólo están impregnadas de erudición, sino que están igualmente aromadas de una exquisita fragancia humana". Es posible que lo más relevante de su correspondencia sea la que mantuvo con el influyente fray José de Sigüenza, el mantenedor en el Escorial de los ideales montanistas.

Fernando Serrano, que nos deslumbrase con su obra *El secreto de los Peñaranda. Casas, médicos y estirpes judeoconversas en la Baja Extremadura rayana. Siglos XVI y XVII*, se ocupa aquí de un hijo del ocultador de la ahora célebre Biblioteca de Barcarrota. Galeno como el padre, Juan Sánchez se afinsa en Zafra, donde repite los esquemas familiares de su etnia: cambios de apellidos para disimular raíces, relacio-

nes endogámicas, manipulación de documentos, movilidad y dedicación a profesiones similares.

Entre los estudios no quiero silenciar los tres siguientes. Santiago Aragón, tal vez quien mejor conoce la casa del Duque de Feria, se ocupa de los criados y paniaguados que trabajaban para su señor, casi siempre ausente. Son casi cien las páginas de una pesquisa social rigurosa y aleccionadora.

También los esclavos jugaron un papel social relevante en aquel señorío, según demuestra Rocío Pérez Gómez en su investigación sobre la esclavitud en las Ordenanzas municipales de Zafra (1528). Baste un dato: “ Sólo para el periodo de 1564 a 1599 se conservan unas 650 transacciones con esclavos, operaciones que se efectuaron principalmente en las ferias de San Miguel y San Juan”. Los portugueses, vía Lisboa, eran los principales proveedores de este triste mercado.

Por último, Manuel Sánchez Gómez-Coronado hace una formidable recopilación, aunque él la juzgue aproximativa, de la historiografía del Ducado de Feria. Si bien inicia sus referencias en 1901, casi todas las entradas pertenecen al último tercio del XX, cuando aquel estado señorial, tan importante para la historia de Extremadura, se ha convertido en uno de los más estudiados entre los españoles de su género.

M.P.L.

JUAN FRANCISCO DOMÍNGUEZ DOMÍNGUEZ (dir.), *Humanae Litterae*. León, Universidad, 2004.

Tras larga preparación, aparece al fin este extenso volumen con estudios de humanismo y tradición clásica en homenaje al profesor Gaspar Morocho (Pascualobos, Ávila, 1941- León, 2002), muerto cuando se encontraba en plena cosecha. La desaparición del inolvidable catedrático de la Universidad leonesa supuso una enorme pérdida para Extremadura pues, enamorado de esta comunidad, donde viviese infancia y juventud, el gran investigador venía dedicándose con singularísimo empeño al estudio de nuestros más ilustres humanistas, y muy especialmente a Arias Montano.

La obra que presentamos recoge no pocos artículos sobre personajes extremeños. Los inicia Sergio Fernández (Universidad de Huelva) con “El manuscrito I-I-3 y Arias Montano”, donde se estudian las labores del frexnense en la conservación de las biblias romances del Monasterio de El Escorial. No se olvide que la traducción

de las Sagradas Escrituras a lenguas vulgares estuvo prohibida en España desde el siglo XIII y era frecuente que se hicieran quemar las Biblias judeorromances por el aparato inquisitorial. Algunas se salvarían merced a la intervención de Montano ( la del duque de Medina-Sidonia y la del duque de Escalona). Se discute si el de Fregenal se propuso editar una biblia castellana, aunque no llegase a realizarlo; sí es seguro que tenía dispuestos todos los materiales precisos.

Dos son los trabajos que firma Luis Gómez Canseco. En uno se ocupa, junto con Valentín Núñez, del manuscrito inédito, conservado en biblioteca particular, de la *Paráfrasis del Cantar de los Cantares*, de Arias Montano. Lamentan no haberlo conocido antes de dar a luz su *Arias Montano y el Cantar de los Cantares. Estudio y edición de la Paráfrasis en modo pastoril* ( Kassel, Edition Reichenberg, 2001). Más adelante, y esta vez en compañía de Fernando Navarro Antolín, escribe sobre la fortuna editorial de las *Virorum doctorum de disciplinis benemeritum XLIII effigies*, obra en la que se conjuntaron los saberes del gran biblista extremeño y las dotes artísticas de Philips Galle.

También se interesa por Montano el profesor leonés Jesús María Nieto, quien registra la presencia de Flavio Josefo, el gran historiador judío, en los *Antiquitatum Iudaicarum libri IX* ( volumen editado en Leiden el año 1593 y donde se recogen nueve de los diez tratados incluidos por Arias en el tomo último de la incomparable *Biblia Políglota de Amberes*).

José María Maestre, que mantiene en su cátedra de Cádiz el magisterio recibido de otro profesor admirable, Antonio Holgado, también prematuramente muerto, se ocupa del Brocense. Según sus abrumadoras anotaciones, es necesario proceder a un edición definitiva de los poemas latinos del autor de la Minerva, pues no le convencen las realizadas hasta ahora .( Aunque reconoce los méritos del libro de A. Carrera de la Red, *Francisco Sánchez de las Brozas. Obras. II. Poesía*. Cáceres, Diputación, 1989, detecta numerosas inexactitudes en el mismo).

José María Montero y Juan Carlos Rubio han vaciado toda la documentación referente a Pedro de Valencia y su familia conservada en el archivo histórico municipal de Zafra, mientras que Jesús Paradinas descubre los fundamentos bíblicos en que aquel humanista basaba su pensamiento económico, realmente muy avanzado para la época.

Quien esto suscribe ha querido sumar su granito de arena, ocupándose de otro extraordinario biblista extremeño, Casiodoro de Reina (Montemolín, 1520 ap.- Francfort, 1594).

JOAQUÍN M. BARRERO, *El tiempo escondido*. Barcelona, Ediciones B, septiembre 2005.

Quiero comenzar manifestando que, hasta la lectura de este libro, nada sabía de su autor, sobre el que tampoco ahora tengo más que las referencias insertas en solapa:

Nacido en Madrid (oculta coquetamente la edad, pero da una pista: ya iniciada la Guerra Civil), es analista químico (que tampoco sé exactamente qué supone). Fue emigrante en Venezuela y se ha dedicado al comercio internacional. Esa labor le ha permitido recorrer medio mundo. Le gusta la literatura de viaje, el thriller y la Historia (mucho de esto hay en *El tiempo escondido*, que, sorprendentemente, dada la calidad de la misma, es su primera novela).

Antes de entrar en su análisis, me importa decir que ésta aparece en “Libros con Huella”, una colección avalada por un consejo editorial de profesionales de todas España, a saber las Librerías Cervantes ( Oviedo), Oletvm (Valladolid), Luces (Málaga), Santos Ochoa (Logroño), Gil (Santander ) y General ( Zaragoza). Lleva el sello de las prestigiosas Ediciones B, que tanto éxito popular alcanzan ( por ejemplo con las obras de nuestros paisano Jesús Sánchez Adalid).

Como las de éste, *El tiempo escondido* (imposible no recordar al maestro de las evocaciones literarias, el Proust de la *Recherche du temps perdu*) es, ante todo, una novela histórica, aunque solapada con una narración detectivesca en clave de thriller, según decíamos. Pero no hay que omitir su carácter de relato amoroso (una pasión singular, platónicamente vivida, entre tres personas muy especiales, el triángulo que conforman dos mineros anarquistas y una auténtica Xana, Rosa, extraordinaria mujer, sin duda el soporte de la obra ), con el contrapunto de un Quasimodo, a la postre clave de los acontecimientos todos. Incluso cabe aproximarla a las novelas de tesis, por las muy firmes que en sus páginas se sostienen, de forma implícita o explícita.

Ahora bien, la estructura del relato está lejos de seguir el modelo narrativo habitual en las novelas históricas, atenuadas por lo común a la secuencia cronológica lineal. Aquí, el autor altera continuamente el tiempo lógico ; avanza y retrocede sin atenerse al discurrir lógico, según su instinto literario le dicta; conjuga así épocas y espacios tan distantes como diferentes en un plural caleidoscopio donde, no obstante, el lector nunca se siente perdido.

Madrid, Asturias, Marruecos y Argentina son los territorios que recorren los protagonistas, en un periodo vital prolongado, que viene a abarcar desde los años

veinte a los ochenta del pasado siglo. De ahí que no dude en recurrir, ocasionalmente, al bable o al lunfardo, para mayor verosimilitud de su rico discurso.

Todo comienza en la capital de España, donde un detective, antiguo policía, se encarga de esclarecer un viejo crimen. Tuvo éste lugar en la Asturias de la posguerra, el hambre y la represión, con notable actividad guerrillera (1942): dos odiosos caciques –entre Carbayones y Muniellos– se disputan el poder en la aldea - desaparecieron, sin haberse encontrado sus cadáveres ni las cuantiosas sumas que guardaban en sus propios domicilios. Aparecen cuarenta años después (los restos, que no las pesetas), enterrados en una cripta y uno de los herederos convence al investigador privado para que ponga luz en lo sucedido. Este nos contará, siempre en primera persona, sus peripecias, hasta el desenlace, no del todo imprevisible.

Pero, intercalándolos con esa historia (en resumen, la menos atractiva y a veces un punto forzada), Barrero, ahora próximo a la figura del narrados omnisciente, introduce la de cada uno de los posibles culpables, situándolos en sus respectivos ambientes y dando cuenta de sus actuaciones, desde la remota adolescencia hasta la prolongada senectud, lo que abarca casi todo el siglo XX.

Esto lo permite reconstruir pasajes tan intensos de la historia de España, como

- . La desastrosa guerra de Marruecos, al fin concluida por el general Primo de Rivera
- . Las ilusiones que provocaba el mito de una República utópica, concebida como panacea general.
- . Las peripecias del movimiento obrero asturiano (aunque, hábilmente, se eluda la insurrección de 1934, tal vez porque no le cuadra a las tesis izquierdistas que mantiene el autor, a través de los personajes más simpáticos).

Los primeros días de la sublevación de Franco (apenas se dice nada del desarrollo de la contienda), con especiales atenciones a la defensa de Madrid por las milicias obreras

- . Las jornadas últimas de aquellos horrores, con especial atención al terrible campo de Albatera.
- . Y, sobre todo, la dura represión contra los vencidos.

Aunque contempladas desde la óptica de la izquierda, creo que estas narraciones son históricamente exactas y en la misma ocupan un lugar, intrascendente para la novela, pero importante como apoyatura referencial, muchos políticos y líderes sindicales, hoy tal vez menos conocidos de lo necesario:

- Cipriano Mera, el albañil anarquista que llegó a general de división y, transcurrida la guerra, volvió a los andamios.
- Belarmino Tomás, Manuel Llanea, González Peña y otros dirigentes asturianos.
- Buenaventura Durruti, el líder anarquista muerto sospechosamente, con un tiro en la espalda, recién llegado a Madrid para defenderla (1936).
- El “Ángel Rojo” de la cárcel de Madrid, Melchor Rodríguez, merced a cuya honestidad y decisión terminaron las terrible “sacas” de presos derechistas.

No voy a desvelar ante los lectores los entresijos de la trama, que tan brillantemente va desenredando el antiguo policía. Sí les aseguro que, pese a la notable extensión de la obra (casi medio millar de páginas) no van a aburrirse en ningún momento, ni siquiera cuando el autor se introduce en disquisiciones casi metafísicas o digresiones accidentales, que tal vez podría habernos ahorrado. El interés de las historias y la calidad de su estilo —una prosa depurada, cortante, de oraciones muy breves, con abundancia de las elipsis verbales para mayor celeridad del discurso—, así como los continuos cambios de decorado, ayudan a mantener la atención en suspenso.

Sí diré que lo mejor para mí es todo el mundo imaginativo del relato, al margen de su veracidad histórica. Legendarios o trasunto de personajes algún día existentes, Manín, César, Pedro,... y, por encima de todos, con sus virtudes (muchas) y defectos (pocos) Rosa son paradigmas de un ideal ético que tantos creyeron posible y otros se encargaron de destruir. Por fortuna, el narrador, acaso como un *deus ex machina*, los hace triunfar hasta situarlos en una arcadia feliz que ellos mismos se construyen con medios quizás discutibles, pero a la postre justificados.

Es así como el tiempo escondido, aquella difícil época de una España dramáticamente convulsa, se nos hace presente para los lectores contemporáneos por la magia de la escritura.

M. P L.

ANÓNIMO, *El Alborayque*. Mérida, ERE, 2005

Aunque se haya hecho esperar (y bien se resiente de la demora la bibliografía utilizada por Dwayne Eugène, su responsable ), acaba de aparecer la reedición facsímil del *Alborayque*, otro de los libros encontrados en la “biblioteca de Barcarrota”.



Resulta muy elogiable la manera en que la ERE publica ese pequeño, pero tan significativo fondo, oculto por el médico judío Peñaranda (s. XVI), según demostró Fernando Serrano. Salvo el desconocimiento que de este último muestra Duwayne, su estudio preliminar, las abundantísimas notas a pie de página y el glosario que adjunta nos parecen ejemplares.

El *Alborayque* es un ataque demoledor contra los judeoconversos españoles y no resulta raro que dicho panfleto, pues lo es, se sitúe en Llerena, sede del Tribunal de la Inquisición de Extremadura, donde tantas y tan numerosas aljamas judías hubo.

El título de la obra procede de la tradición musulmana y tiene mucho que ver con los bestiarios medievales. Según una leyenda, recogida por el *Corán*, Alá envió a Mahoma un animal exótico, al-Burak, para que lo trasladase. Interpretado iconográficamente de formas bien distintas, en este escrito se muestra de manera terrible. Dos xilografías lo reproducen como “un corpulento buey; la refinada cabeza de mujer es ya una mezcolumba de lobo, caballo, hombre y perro; la cola de pavo real se mantiene, pero ahora sale de la boca una grulla, que a su vez encabeza una serpiente venenosa; el aire manifestamente femenino se confunde con atributos hermafroditas y el animal ostenta propiedades extrañamente amenazantes, como un freno de fuego y riendas de espada”.

El anónimo autor lo toma como símbolo de los “alboraicos”, a saber, de los judíos que, tras bautizarse, resultaban sospechosos de seguir fieles a la ley de Moisés. Contra ellos, y de rechazo contra los israelitas todos, se dirige el libelo, que ha de insertarse en la corriente antisemítica de la época (hacia 1465). De cada atributo del Alborayque, se van deduciendo otros tantos rasgos negativos, que el autor atribuye al carácter y conducta de los hijos de Israel. En conclusión, se demanda para ellos soluciones drásticas, tipo exilio u holocausto, con el fin de preservar a la “buena gente”, los cristianos viejos (y, de camino, quedarse con las riquezas y lugares de trabajos de los neófitos).

La obrita, que cuenta con una larga tradición editorial, es una joya en su género. La ERE ha hecho reproducir, exento, el facsímil original, respetando incluso las graves lesiones que le originase la herramienta del albañil que lo descubriese. Los lectores preferirán la transcripción ofrecida por Duwayne, catedrático de literatura española medieval en el Boston College, quien promete para pronto una edición crítica (ésta, aunque excelente, no lo es) del Alborayque. En resumen, un trabajo muy iluminador de la España de la época y del exilio que, poco después (1492), habrían de sufrir los “sefarditas”.

AGUSTÍN ROMERO BARROSO, *El alto vuelo del gato*. Llerena, Ediciones Romero, 2005.

Agustín, llerenense de nacimiento y cosmopolita por vocación, licenciado en filología española, es un personaje singularísimo, capaz de sorprendernos con dedicaciones múltiples, donde derrocha cultura, humor y espíritu libertario. Tiene publicadas obras de poesía, novelas y ensayo. Fundó y dirige junto a Manuel Martín Burgueño una de las revistas más ingeniosas que conozco, *Torre Túrdula*. Ha creado su propio sello editorial, con tres secciones: Quaderno máximo, medio y mínimo. Desde hace algún tiempo, se pueden leer sus colaboraciones en el *elpollourbano.es*, un periódico digital de orientación ácrata.

Quien haya seguido la trayectoria literaria de Agustín, encontrará en *El alto vuelo del gato* un perfecto resumen del microcosmos por donde gusta moverse su autor: la crítica contra a los poderes establecidos -económico, cultural, religioso, político- y cuantos lo sostienen; el repudio de los escritores paniaguados, cómplices por acción u omisión; búsqueda de nuevos horizontes, utópicos pero no imposibles; sentido lúdico; provocaciones descaradas frente a las conciencias dormidas; ruptura de los cánones impuestos y, sobre todo, pasión por el lenguaje.

Para dar cauce a este aluvión poético, que Agustín entronca con la veta más brava de la literatura española, ha elegido la décima, de las que su nueva obra ofrece cuatro centenares. En un inteligente preliminar, él mismo explica que la adopta como forma de tradición burlesca, con cultivadores tan formidables como Góngora, Villamediana o Francisco de la Torre. Aunque su gran maestro es sin duda Quevedo. Y es que, según el autor llerenense, “un poeta y su poesía deben despertar, arder, levantar sentimientos, conmociones, emotividades, pasiones, sensaciones, impresiones, emociones, percepciones, evocaciones, disposiciones, temples y estados de ánimos, pensamientos, fuegos e incluso arañazos gatunos en los otros, sus lectores, que son otros poetas, al leerle”.

A dicha finalidad subordina él todo el discurso lírico, permitiéndose cuantas licencias e incluso transgresiones juzga eficaces y que los estetas más puristas no le perdonarán. Agustín lo sabe y se ríe, considerando tal vez producto de prejuicios pequeñoburgueses ante los que no está dispuesto a transigir. Con todo, es fácil ver hasta dónde llega su maestría en el dominio de las formas métricas cuando, en su afán de provocación, no las rompe conscientemente y escribe décimas que suscribiría el más inspirado de nuestros poetas. Y siempre, por encima de cualquier consi-

deración, sobresale en el libro una capacidad lingüística fuera de lo común, un extraordinario dominio de las palabras, que nos abrumba, sin dejar de divertir.

M.P.L.

MÉNDEZ MORENO, EMILIO LUIS: *De las contradicciones del humanismo*. Badajoz, Servicio de publicaciones del Excmo. Ayuntamiento, 2004.

Dentro del mundo académico es normal encontrar obras que, nacidas sobre la base de intuiciones originales, se adornan, con innumerables citas, fruto de lecturas destinadas a dotar de soporte crítico lo inicialmente proyectado. Otros libros, por el contrario, se presentan de forma inmediata al lector como el resultado de un meditado trabajo previo, no improvisado, sino sedimentado por el peso de tiempo; son resultado de una reflexión quizás no nacida para producir publicación alguna, sino para orientarse en la existencia; son vástagos de un pensamiento que camina sosteniendo un juicio intelectual sobre perspectivas que nos envuelven en su endemoniado devenir y sobre las que conviene, de vez en cuando, detenerse. Estos últimos contienen pocas citas porque las lecturas que tras ellos hay se han asumido hasta el punto de formar parte del tejido neuronal de su autor. El escrito de Emilio Méndez puede encuadrarse dentro de este último tipo.

Se trata de un conjunto de aforismos ordenados en series, en los que el autor orienta nuestra mirada hacia asuntos de gran peso en la tradición filosófica, pero que, por una razón u otra, a veces parece que la censura de los medios empuja hacia los rincones de la historia: origen del poder político, religión, economía, progreso, etc. Estamos, en efecto, ante una reflexión clásica, en el sentido estricto del término. No está de más en unos momentos en los que la dispersión también inunda el panorama filosófico. Como todos los libros de aforismos, su lectura está abierta a aquello que el lector incorpora, aunque sea de forma inconsciente. Teniendo en cuenta la tesis que atraviesa el escrito no es extraño que Emilio Méndez haya optado por este recurso estilístico. Aunque, como acabamos de afirmar, no estamos ante un discurso lineal, parece claro que hay una idea de fondo que late tras cada uno de los pensamientos: nuestras referencias culturales atraviesan una crisis global, y esto se pone de manifiesto en la descomposición de lo que ha sido considerado como el mayor logro de Occidente: el humanismo. Siendo éste el eje que ha sustentado la orientación de nuestra cultura a través de toda su historia, desde Sócrates hasta Sartre, la crisis adquiere la forma de una *desorientación radical* del hombre. Emilio

Méndez nos sitúa ante este hecho en la primeras líneas: “Ha sido el desaliento que provocaba la ausencia de sentido de la vida, lo que nos ha llevado a conferir multitud de sentidos a la misma, sin que ni uno solo haya acabado por confirmarse nunca” (p. 15). A partir de este dato se precipitan todas las demás consideraciones, impregnadas del desencanto propio de todo escepticismo crítico.

Antes de nada es necesario preguntarse qué es lo que hemos perdido; es decir, qué es aquello cuya ausencia no es mera negación de una presencia, sino privación de algo que debería estar y no está, herida que aviva la melancolía de no sabemos qué. La respuesta no puede ser otra que la de un elemento que dote de fundamento la existencia humana: “sentimos perfectamente que el tiempo no tiene utilidad alguna, y por ello tampoco el cuidado del hombre por el hombre” (p. 49). Pero esta obra no es un simple testigo nostálgico de una cultura pasada, tampoco es una descripción fría de la situación cultural sino que es parte de esta crisis; ahonda, hurga en la herida impidiendo su cicatrización, quizás porque el dolor es lo único que puede mantener viva la conciencia de nuestra situación.

Ordenar en bloques cerrados las ideas que aparecen sería una traición al espíritu del escrito, que los presenta siguiendo una secuencia no temática sino de acuerdo con una variación del horizonte desde el que se contemplan. Repito que cualquier lectura que de este tipo de obras se haga siempre ha de tener una fuerte impronta subjetiva, pero es inevitable la búsqueda de una lógica interna. El libro se presenta estructurado en seis capítulos, en los que el nihilismo va avanzando desde el citado anuncio del desmoronamiento de los pilares que ofrecían un sentido a la existencia hasta una canto final a la muerte del *hombre* tal y como lo concebimos.

*Sin redención* se nos dice en el primer capítulo que se encuentra la humanidad. Y lo está, según advertimos, porque ni la moral, ni el derecho, ni la religión o el Estado, pueden ofrecer al hombre nada que dote de consistencia y libertad a nuestra existencia, pues eso es redimir: liberar. La moral, parece indicarse, no es más que un recurso con el que responder a las circunstancias con las que uno ha de enfrentarse (“No hay modo alguno de escapar a la arbitrariedad: cada época tiene simplemente la moral que le hace falta” p. 15). Se podrían multiplicar las referencias a la decadencia del mundo moral, y observaríamos que todas ellas se sustentan en la duda sobre la sinceridad de los preceptos que se nos ofrecen como *santos*. No es extraño, pues el libro se inserta dentro de la más genuina *filosofía de la sospecha*. Rotos los anclajes del mundo ético desaparecen, naturalmente, los del universo político, que Emilio Méndez entiende movido únicamente por intereses económicos. La consecuencia inmediata de ello es el descrédito de

la idea capaz de unir las dos anteriores instancias: el progreso. Efectivamente, si la moral es sólo el producto de las necesidades de cada época, y el orden político no obedece más que a las fuerzas que poseen el poder económico, es inevitable que la dirección que adquiera la estructura general de una sociedad no pueda interpretarse en términos de conquista de valores, sino sólo como el reflejo de una infraestructura que enmascara sus intereses en falsas doctrinas. Por consiguiente, el futuro que se alcanza a adivinar no puede ser otro más que el de un mundo construido de acuerdo con las intenciones de poderes que nada tienen que ver con el hombre: “No disponemos ya de otro futuro que claudicar ante la sinrazón de este dinamismo destructivo que llamamos progreso, que continuar esa huida hacia delante aunque sepamos que con ello no hallaremos más que la ruina y la muerte” (págs. 28-29).

La descripción del inevitable naufragio de los referentes de sentido que aparece en la obra puede tener su raíz, creemos, en la desarticulación de la tradicional idea de *naturaleza humana* como directriz reguladora de la cultura, de la que el autor es partícipe. En este primer capítulo aparecen algunos aforismos que nos pueden dar algunas pistas sobre ello. Casi al inicio del primer capítulo leemos: “Si actuar conforme al bien exige de una decidida voluntad, el mal en cambio es espontáneo, y eso es que la libertad en su sentido más profundo representa: encontrarse uno ebrio de vida para entender el respeto que demanda y que se debe al otro” (p. 16). Estando la moral tradicional basada en una visión básicamente confiada en la fuerza del hombre para realizar el bien (tanto que la existencia del mal ha sido uno de los mayores problemas intelectuales) la negación de la misma se convierte en un juicio condenatorio a todo lo que desde ella se había construido. Este proceso, aunque con ilustres predecesores -vg. San Agustín- se convierte en mentalidad común con Lutero y Nietzsche, hace de él el punto arquimédico de la nueva filosofía. Creemos que Emilio Méndez es heredero de esta antropología, que en sus últimas formas llega a la negación del concepto mismo de naturaleza humana. La argumentación de esta tesis requiere un estudio aparte; por ahora, basta con enunciarla.

En estrecha relación con lo que acabamos de afirmar se encuentra la crítica a la trascendencia que encontramos en la obra. Hemos dicho trascendencia, pero en puridad Emilio dirige sus observaciones de modo principal a la religión positiva, que es juzgada, de acuerdo con los principios que inspiran todo el escrito, como un mecanismo de protección ante el mundo (“Parece probado que todos los pueblos conciben sus primeras representaciones sobre Dios al padecer desastres, guerras, catástrofes, genocidios, colonialismos, plagas, hambrunas, humillaciones, segregacio-

nes, o en general, cuando sufren condiciones de opresión, miseria y desesperanza. Es ahí en donde brota la imaginación sagrada” (p. 17). Son numerosas las reflexiones que se proponen en torno a este tema, y quizás tengan su origen en la imagen del hombre desde las que se argumenta, (o puede que sea al contrario: de determinada concepción de Dios se ha derivado una del hombre).

En cualquier caso, en el primer capítulo se encuentra ya el núcleo lo que ulteriormente es desarrollado más exhaustivamente y enriquecido con los matices que aportan las distintas perspectivas. Estas se suceden de acuerdo con un ritmo coherente con el punto inicial. Así, a la carencia de *redención* le suceden los *Acólitos del mal*, que son aquellos elementos a través de los que la desesperanza va penetrando hasta las más recónditas esquinas del ser humano. La presencia de la relativización postmoderna es más evidente en este capítulo: vg., la identidad como una forma de violencia (p. 58), o la consideración de la educación y la personalidad como fruto de los intereses dominantes (págs. 47. 51). En ocasiones se puede localizar su huella incluso en el lenguaje utilizado: “Ni que decir tiene que la práctica prospectiva (y la consiguiente planificación) se encuentran privatizadas por élites decididoras que la masa ciudadana desconoce por completo y que operan condicionando la libre acción de las fuerzas sociales e históricas” (p. 46). Pero, a pesar de ello, no se trata de un discurso postmoderno, sino existencialmente desencantado; no aparecen en él elogios a la *diferencia* ni a la *desintegración* de los metarrelatos. Lo que la postmodernidad desvela, el autor lo recepciona consciente de todo lo que implica, y ello le da a su obra un punto de amargura.

Esta amargura se expresa con singular relevancia en tercer capítulo: *De lo irrelevante de la vanidad*, donde se entiende como tal el afán del hombre moderno por afirmar su identidad. Ello le condujo a afirmarse por encima de cualquier forma de vínculo que pudiera significar un menoscabo del sí mismo. De ahí la idea de libertad como ausencia de ataduras. Pero, tal y como muestra el autor, esto no ha conducido a un mayor vigor de la idea de *persona* sino, por el contrario, a su vaciamiento: “El proceso de banalización de la vida al que asistimos ha traído consigo nuestra despersonalización (nos sentimos tanto sin espíritu como sin memoria) y con ello hemos obtenido una libertad cuyo fundamento no es otro que saber que nos agotamos y morimos en cada instante. Cada cual puede así administrar ahora su vida como le plazca, pues no tenemos una identidad personal que guardar” (p. 74). En efecto, si la libertad se agota en la liberación de lo exterior, en la *libertad-de*, termina volviéndose una carga hasta el propio yo y, por supuesto, la mera presencia de los demás, que pasan a ser el infierno: “Parece que en cuanto disponemos de una

mayor libertad, tanto menos se desean y soportan responsabilidades y compromisos hacia los demás" (p. 72). Así las cosas, la pretensión de inmortalidad no puede entenderse más que como una aberración proyectada sobre la etemidad: "La creencia religiosa en la inmortalidad personal manifiesta un infantil egocentrismo y una ridícula exaltación de la importancia de uno mismo" (p. 91).

La muerte parece ser la única certeza que se mantiene en medio de la ruina generalizada, pero no hay que buscar en el escrito del profesor Emilio ningún paliativo que dulcifique el hecho. En *A la espera de la muerte* este acontecimiento radical se contempla desde el más absoluto nihilismo, pero sin sombra de angustia, de lucha contra él: "Qué difícil nos resulta entender que toda nuestra relación con el mundo se reduce a unos pocos años de vida. ¡No somos nada: flotamos sobre un yo inexistente en un tiempo irrepetible!" (p. 125). Y es que la vida sólo es un valor incondicional cuando se parte de que posee en sí misma un sí mismo un sentido. Si no es así la existencia es sólo un hecho trivial (Cfr. P. 127) o, como decía Montale, *una anomalía de la nada*. El libro concluye con un *Réquiem por el hombre*; en él encontramos un síntesis de la situación cultural en la que nos encontramos, rotos todos los mecanismos de salvación y descompuesto aquello que aún podía mantener la esperanza antes confiada a Dios: el humanismo: "ahora que sentimos que el humanismo toca a su fin, comprendemos que nuestra estimación positiva del hombre únicamente se sustentaba en una interpretación interesada del mismo" (p. 165).

A través del diálogo con los filósofos de la sospecha, con las denuncias de la Escuela de Frankfort o con las frías descripciones postmodernas, Emilio construye una obra que incita al pensamiento, espolea la reflexión, abre horizontes; en definitiva, invita a filosofar. Y esto es decir mucho.

Javier Guajardo-Fajardo Colunga.